

El maestro, cuentacuentos en el aula

por Miguel Ávila*



El arte de narrar no está reservado exclusivamente a unos pocos elegidos. De hecho, cualquiera que ponga ganas y atienda unas cuantas reglas puede conseguir contar cuentos con bastante éxito. En este artículo, el autor anima a los maestros a que se lancen al ruedo dados los grandes beneficios que ello reportará a sus alumnos, y les ofrece algunas indicaciones para llevar a cabo esta tarea con desparpajo.

Que la figura del cuentacuentos es todo un fenómeno social, capaz de emblesar durante horas a público de toda condición y edad, no es ninguna noticia. Que el encanto del relato oral es capaz de abstraernos del mundo real y zambullirnos en las aguas que velan los tesoros de un naufragio, adentrarnos en la espesura de un bosque que encierra civilizaciones olvidadas y remontarnos a espacios perdidos en tiempos perdidos no es, tampoco, ninguna novedad.

Cientos de locales se llenan de un público deseoso de escuchar a estos personajes. Incluso, algunos de ellos pasean sus historias por escuelas. Es más, hasta se da el caso de que algunos maestros se atreven a ejercer de cuentacuentos ante sus alumnos. Pero, ¿es ésta una profesión reservada sólo a unos pocos?

Quien haya observado el efecto que produce en los niños el hecho de escuchar un relato verá que merece la pena intentarlo. Para entretener no hace falta ser especialmente dotado, basta con proponérselo.

Valor educativo de la narración de un cuento

El cuento puede moralizar, dar información académica, pero no es el objetivo del mismo. El cuento es, ante todo, una obra de arte que pretende hacer gozar al que lo escucha, crear una corrien-

te de simpatía entre el narrador y su auditorio.

Las ventajas que reporta el cuento en el aula son diversas. En primer lugar, crea una atmósfera distendida en la clase que, además de servir de descanso en las tareas académicas, favorece su posterior reanudación con mayor rendimiento y mejores resultados. Además, propicia una relación de confianza entre el maestro y el alumno, que siempre repercutirá favorablemente en el ámbito escolar.

Las narraciones orales siempre crean hábitos de atención en el niño: si el público estuviese distraído durante la narración sería, posiblemente, debido a un problema del narrador más que del auditorio. Trabajando los cuentos en clase y ofreciendo a los niños la posibilidad de contar sus propios cuentos, se fomenta la capacidad de expresión, de dramatización, de organización de ideas y el orden del discurso, la modulación de la voz, la pérdida del miedo a hablar en público...

Como se puede ver, el cuento es algo más que una manera de entretener a la clase en momentos de cansancio o nerviosismo. No supone perder un tiempo precioso que resta dedicación a las tareas escolares, sino que es un complemento y un apoyo inapreciables.

¿Qué cuentos contar?

Resulta imposible determinar una edad concreta para cada tipo de cuento ni un cuento para cada edad específica. Un narrador hábil puede entretener con el mismo relato, adaptándolo según las circunstancias, a un público de 6, 10 o 60 años.

Se podría hacer una distribución por edades de algunos tipos de cuentos, a modo orientativo, en las que nos valdríamos de los centros de interés propios de cada etapa. Sin embargo, como casi siempre, lo que nos dictan el sentido común y la experiencia suele ser lo más adecuado.

Educación infantil (3 a 6 años):

- Historias rimadas.
- Historias versificadas en algunas de sus partes.

— Relatos de historia natural, donde los animales están vigorosamente personificados.

- Cuentos burlescos.
- Sencillos cuentos de hadas

Educación Primaria (6 a 8 años):

- Folclore (leyendas locales).
- Cuentos de hadas y burlescos.
- Fábulas.
- Leyendas.
- Relatos de historia natural.

Para los «mayores»:

- Folclore.
- Fábulas.
- Mitos y alegorías.
- Historia natural, parábolas de la naturaleza.
- Relatos históricos

Para acortar un cuento demasiado largo o adaptar otros, hay que realizar previamente un análisis del relato escogido, para llegar a los elementos constitutivos. Hay que procurar no hacer introducciones demasiado largas: basta con una frase corta, así como se deben eliminar digresiones innecesarias.

Algunas veces, los cuentos tienen varias tramas que se entremezclan y añaden cierta dificultad al seguimiento de los mismos. Por eso, es interesante buscar únicamente el hilo conductor del cuento, sin complicarse con otros hilos que se entrecruzan, dificultando la comprensión y el seguimiento del mismo. En ocasiones, es bueno reducir el número de personajes que aparecen.

El lenguaje ha de ser sencillo, aunque imaginativo, lo cual no redundará en un



DIMITRI MAKHASHVILI, LAS MIL Y UNA NOCHE, LOS CUENTOS..., PLAZA&JANÉS, 1990.

- Relatos humorísticos.
- Relatos verdaderos.

Algunos cuentos de hadas más fáciles y asequibles para un público joven, aunque adaptados y abreviados, son los de Perrault, Andersen y Grimm. Resultan también interesantes los cuentos extraídos de las mitologías griega y romana: *Teseo y el Minotauro*, *Ulises y Polifemo*, *Apolo y Dafne*, *Aracné*, *Pandora*, *Midas y la Piedra Filosofal*, *Alceste*, *Narciso y Eco*, *Latona y los labradores*, *Proserpina*, *Orfeo y Eurídice*,...

discurso falto de calidad. Además, el desenlace ha de estar bien preparado: un mal final hunde una muy buena historia.

Cómo contar un cuento

«Ante todo, selección y, si es preciso, adaptación. Después, la verdadera piedra de toque está en la forma de contar. Es una satisfacción para quien posee ese don, una pesadilla para quien carece de él» (Sara Cone Bryant, en *El arte de contar cuentos*).

En primer lugar, el narrador ha de haber asimilado el relato para poder contarlo: debe vibrar con él. No se puede transmitir lo que no se tiene. De esta forma, a medida que aumenta la capacidad de apreciación, aumenta el número de cuentos bien narrados.

Es preciso conocer los límites personales, puesto que no hay que tratar de forzar la situación. Si alguien carece de habilidad para contar un cuento determinado,

maestro contrario a los relatos —un mal maestro, por otra parte—, puede provocar auténtica aversión por la lectura.

También, se precisan una serie de condiciones físicas y ambientales, como el que los niños vean perfectamente el rostro del maestro (colocándolos en semicírculo, por ejemplo). Los niños más pequeños necesitan proximidad física.

El silencio antes de comenzar es imprescindible. Si, durante el transcurso de

dos. Dar a cada episodio la extensión que requiere. La disposición del narrador ha de ser la de una persona que resuelve fácilmente un asunto.

— No turbarse si algo se ha olvidado: que el público no note lo que se «mueve» entre bastidores. Hay que tener cierta destreza y sangre fría para saber sobreponerse, sobre la marcha, a los fallos e improvisar.

— Hacer presentir la broma, con cambios de expresión en la voz o en el rostro. Y, sobre todo, dejar saborearla. Como un buen actor de teatro, hay que saber cuándo parar y cuándo proseguir para que la risa no ahogue las siguientes palabras.

— Entusiasmarse con el cuento, para poder entusiasmar a los oyentes. Si se está cansado, escoger el cuento que más se asemeje a nuestro estado de ánimo (teniendo, para ello, un amplio repertorio) o fingir que nos interesa, lo cual acaba provocando un verdadero interés.

— Elocución: cuidar la narración. Para ello, algunas sugerencias: evitar la afectación; ante todo, sencillez; procurar no hablar demasiado alto —sólo se consigue fatigar las cuerdas vocales y emitir un tono desagradablemente nasal o de una pésima sonoridad metálica—; nitidez en la articulación —la voz tranquila, reposada y persuasiva de un orador que conoce su fuerza, va directa al oyente—; cuidados de la voz —una voz dulce y tranquila, a veces, lleva a un tono tímido, ahogado y monótono, tan desagradable como una voz chillona—.

Y después de todo esto, sólo falta llevarlo a la práctica. No tengamos miedo al fracaso: de los errores se aprende. Y, cuando hayamos conseguido captar la atención de nuestros oyentes, mover sus pensamientos a nuestro antojo y transformar el aula en mil y un lugares diferentes, entonces apreciaremos el auténtico valor de los cuentos. Habremos disfrutado casi más que ellos con el placer que provocan las reacciones que sólo un público satisfecho puede ofrecer. Entonces, habrá nacido una nueva figura en el aula: el maestro como cuentacuentos... ¿por qué no? ■

* Miguel Ávila es maestro de Educación Primaria y escritor.



GENNADI SPIRIN, EL PAGÉS I ELS GORGNIANS, BARCANOVA, 1991.

ya sea por su estado de ánimo o por el tipo de relato del que se trate, es mejor no hacerlo. El hastío, así como la emoción por lo que se cuenta, se contagian sin pretenderlo.

Hay que saberse bien el relato, para evitar la frase vacilante, la omisión de un nombre o incidente, el volver sobre las propias palabras, las repeticiones involuntarias, la endebles de la expresión... todo esto echa a perder el mejor de los cuentos.

Además, el relato hay que tomárselo en serio, para no caer en la falsa vergüenza de sentir que se está «haciendo el ridículo». Contar un cuento, transmitir al niño el gusto por la narración oral y, consiguientemente, por la literatura, es algo muy serio. Un maestro entusiasmado puede hacer muy buenos lectores, así como un

la narración, se ve a algún niño distraído, es mejor no interrumpirla con una reprimenda: esto rompe la magia de la narración. Como he mencionado antes, si no escuchan es, probablemente, porque no se esté contando bien.

El relato ha de reunir una serie de características:

— Sencillez de forma y expresión, que no tiene por qué dar cabida a la trivialidad.

— Desarrollo lógico: la velocidad la imprime el cuento, no las circunstancias ni el propio narrador.

— La expresión dramática del cuento no consiste en «interpretar» los personajes, sino en lograr que el oyente imagine las escenas, que sea él quien cree su propio mundo y sus propios protagonistas.

— Tranquilidad: no sentirse apremia-